

LA VETERINARIA CONTEMPORANEA

REVISTA CIENTÍFICA.

Año III

Madrid 31 de Agosto de 1892.

Núm. 62.

ALTERACIÓN DEL HÍGADO EN UN CERDO.

DEDUCCIONES FISIOLÓGICAS.

(CONTINUACIÓN.)

Opinamos que es por todo extremo absoluta esta manera de ver; porque, ni está probado que exista esa completa descamación ó caída de todo el epitelio intestinal en cada digestión, ni aun una descamación parcial constante y precisa, y aún cuando se probara se demostraría con ello que la bilis era imprescindible á su verificación. Parece que debe ser lógico suponer, con efecto, que si la absorción y aún el trabajo digestivo exigen una renovación incesante en el epitelio, ó ésta debe existir también en la boca, estómago, etc., ó en éstos no se verificarían aquellos actos; y en el primer caso puede efectuarse perfectamente sin bilis.

e.—Se ha creído también ver en la bilis un agente que impide la descomposición pútrida de los principios alimenticios. Pero las experiencias demostrativas llevadas á cabo por algunos fisiologistas no han confirmado esta opinión, y sólo algunos han creído ver que obraba determinando la absorción rápida de las sustancias fermentescibles (Stolnicoff.)

En resumen: no puede asegurarse en absoluto el papel que la bilis está llamada á desempeñar en el aparato digestivo; pero casi puede asegurarse, sin temor á incurrir en error, que cumple ó contribuye á cumplir más de un acto. Únicamente por deducción más ó menos lógica, y en

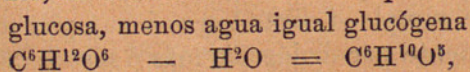
vista de los resultados obtenidos en varias experiencias, se puede presumir y suponer—en modo alguno asegurar—que algunos de sus principios constitutivos quizás no tengan más papel que el de ser arrojados al exterior; que algunos otros puede ser que contribuyan á la digestión de principios grasos; y que toda la bilis, en sustancia, pudiera muy bien favorecer la absorción de estos mismos principios, *si ellos son absorbidos en estado de emulsión, lo cual es muy dudoso*. De consiguiente, creemos que lo menos dudoso es suponerla un humor digestivo.

B. *Glucogénesis*.—Es hoy bien sabido que se debe al eminente fisiologista francés, M. C. Bernad, el importantísimo descubrimiento de la glucogenia hepática. Experimentando con objeto de ver las modificaciones digestivas de los principios feculentos, y sobre todo de los azucarados, descubrió (1848) que en el hígado existía azúcar con independencia de la alimentación. Se le objetó que esta azúcar estaba allí almacenada desde las digestiones anteriores; y al hacer otra nueva serie de experiencias para demostrar á sus adversarios, más evidentemente aún de lo que ya lo habia hecho, que se formaba en el tejido hepático á expensas de los principios albuminoideos, descubrió (1857) la materia que él llamó *glucógena* y otros autores almidón animal. Después (1876) demuestra la existencia, en el hígado, de un fermento diastásico, que aisla, al cual se debe la conversión de la glucógena en glucosa.

La teoría más generalmente admitida en la actualidad sobre el papel del hígado en la formación del azúcar, es la siguiente:

A. *El hígado es el órgano formador de la materia glucógena*.—Cuando la alimentación es normal y completa, la glucógena proviene de los principios alimenticios, por este orden:

1.º *De los principios azucarados y feculentos* que, cual es bien sabido, son absorbidos en estado de glucosa. Se trataría, pues, en este caso de una simple deshidratación




pero como se sospecha que también pueden ser absorbidos los azúcares combinados con la sílice y la maltosa, hace falta averiguar si solamente los que se absorben en el estado de glucosa pueden darle origen, ó también estos y en qué forma. Por otra parte, no es decisiva la experiencia que consiste en inyectar glucosa en la yugular, que se elimina por los riñones y por la vena porta ó una de sus ramas, que se cree se transforma en glucógena; porque muy bien pudiera suceder que en el segundo caso la glucosa que llega al hígado no haga sino oxidarse é impedir así la oxidación de la glucógena allí existente, que, como no se destruya, existe, como es natural, en mayor proporción; y si así fuera, el mismo efecto tendrían todos los demás azúcares.

2.º *De los principios albuminoideos.*—Parece perfectamente demostrado, en efecto, que alimentando animales con principios azoados puros, la glucógena no disminuye, absorbe y aún puede aumentar. Pero en este caso, como en el anterior, hace falta averiguar si son sólo los principios que se absorben en el estado de albuminosas ó peptonas, ó los que pasan á la sangre formando albuminatos de sosa y potasa, ó los que lo hacen sin sufrir modificación alguna, ó todos á la vez. A nuestro juicio, estos principios son si no los únicos que dan origen á la glucógena, los que lo hacen en proporción mucho mayor que todos los demás.

3.º *De los principios grasos.*—Algunos fisiologistas y químicos niegan este origen de la glucógena, en tanto que otros lo admiten. Para nosotros, pudiera muy bien suceder que obraran sólo como conservadores de ella, oxidándose é impidiendo así su destrucción; y aún se nos ocurre preguntar: ¿no podría provenir de la glicerina puesto en libertad en la saponificación de las grasas, y absorbida como tal, toda vez que no se ha podido averiguar todavía qué se hace de este principio?

(Se continuará.)



TERAPÉUTICA.

LA MEDICACIÓN DEFERVECENTE.

Importancia entrañan las cuestiones y los medios de refrigeración que en los artículos anteriores hemos dado á conocer, pero el interés es extraordinario tratándose de los agentes farmacológicos que con dicho fin se emplean.

La verdadera medicación defervecente no se ha usado en todas las épocas, pues nuestros antecesores, no dando valor absoluto, y no tratando de llenar las indicaciones sintomáticas, claro se está que con el calor no habían de formar una excepción de la regla general.

Quizá todos los antitérmicos que usaban quedaban reducidos á la *quina*, que dan aún algunos á título de febrífugo, cuando en nuestro concepto no puede en modo alguno, la quina en polvo, producir la verdadera y enérgica refrigeración intraorgánica que los estados febriles reclaman en todos los casos.

Muchos son los agentes terapéuticos que como anti-térmicos podemos usar, y como en estas notas no hemos de pasar revista detallada de los mismos, vamos á comenzar este punto dando una idea general de ellos y terminaremos con la descripción de los más importantes.

MEDICACIÓN DEFERVECENTE.

El conjunto de agentes que forman esta medicación, están todos ellos destinados á combatir los estados piréticos de la economía.

En primer lugar, conviene indicar que en este lugar no comprendemos ni los agentes refrigerantes locales ni los medicamentos que denominan los terapeutas *temperantes, refrescantes ó acidulos*: estos agentes tienen más inmediata aplicación en otro orden de indicaciones completamente diferentes á las reclamadas por los estados febriles.

La medicación que nos ocupa, una vez en el organismo,

disminuye de un modo poderoso la termogénesis ó sean los fenómenos que dan margen á la temperatura general del organismo. De modo que en este concepto, la medicación defervesciente no va, como supone la generalidad de los autores, á determinar un descenso de temperatura, consumiendo ó gastando una cantidad dada de calor, no; los medicamentos antitérmicos lo que hacen es engendrar ó provocar una serie de fenómenos que traen como consecuencia inmediata, la disminución de las acciones de oxidación, ó sean las acciones químicas del oxígeno con los demás materiales orgánicos, que son en último resultado las más potentes termógenas.

De suerte que la medicación que nos ocupa no combate la temperatura del paciente, sólo se opone á su producción en alto grado. Los agentes higiénicos que estudiábamos en el artículo anterior son los que verdaderamente obran robando calor, haciendo que disminuya el calor existente.

No faltará quien se le ocurra que, si los agentes de la medicación defervesciente no determinan un descenso de temperatura y sí una disminución en la producción, habrá necesidad en todos los casos de recurrir á los dos órdenes de factores, para impedir que se produzca calor en el un caso, y para librar al ser del que ya posee, y que indudablemente, es el que nos da el estado febril y el que directamente mantiene al paciente en el aplanamiento que la fiebre determina.

Para desvanecer esta creencia nos bastará indicar lo que á ninguno de nuestros lectores se le oculta, lo que ya hemos dicho en artículos anteriores: los cuerpos, en virtud de las leyes de *radiación*, por *conductibilidad*, por *modificación* en otros movimientos, etc., pierden tan repentinamente el calor de que se hallan poseídos, que bastan acaso muy pocos minutos para que el calor de un cuerpo, que no tiene generador térmico, se equilibre con los objetos que le rodean: no hay más que recordar lo que pasa con un hierro que calentamos y dejamos después abandonado; basta recordar lo que sucede al ser que deja de existir; pues lo

mismo el hierro enrojecido que el cadáver de un ser, pierden su temperatura con una rapidez, siempre grande, pero mayor ó menor, según su masa, la temperatura del medio, las corrientes de aire, etc.

Este solo hecho nos servirá para comprender que con tal que ataquemos la producción, con tal que detengamos las oxidaciones, la temperatura animal descenderá rápidamente.

Ahora bien; el hecho se realiza, la termogénesis patológica disminuye considerablemente con el uso de los febrífugos; pero ¿cuál es su mecanismo de acción, qué serie de fenómenos acarrea en el organismo y de qué naturaleza son, para ocasionar una disminución en las oxidaciones?

¿Será que la presencia del medicamento se oponga químicamente á la acción del oxígeno?

¿Será que dichas sustancias disminuyan los movimientos respiratorios y por lo tanto aminoran la entrada de oxígeno?

¿Podrá ser un fenómeno de acción circulatoria exclusivamente?

¿O será acaso esencialmente nerviosa la manera de obrar de los defervecentes?

Desde luego debemos sentar como conclusión que, sea cualquiera la manera de obrar de estos medicamentos, provocan una disminución en las cantidades de oxígeno que entran en el organismo.

Ahora veamos cómo se realiza el fenómeno.

La acción química del medicamento sobre los compuestos de la sangre creemos que no pueda ejercer una acción marcada, puesto que son sustancias, que en su calidad de sales necesitan encontrar compuestos incompatibles de gran poder para descomponerse y pasar las bases, que son en este caso las sustancias activas, á formar compuestos con los ácidos orgánicos y ejercer de esta suerte influencia química.

Los medicamentos febrífugos no pueden, por sí y directamente, modificar la respiración; por cuyo hecho tenemos que desechar la idea y buscar la causa en otra parte.

Cuando se administran los antitérmicos se observa un cambio notable en las acciones circulatorias; parece ceder la tensión sanguínea, desde luego los ángulos esfigmográficos aumentan de grados y de altura; el pulso, en una palabra, se normaliza. Pero esto nada nos explica, debe de ser efecto secundario, puesto que los medicamentos por sí no disponen de una fuerza mecánica que se oponga á la fuerza de tensión intravascular; antes al contrario, la presencia del agente medicinal en unión del vehículo, por pequeña cantidad que sea, al entrar en los vasos sanguíneos obrará mecánicamente, por acción de presencia, determinando un aumento de líquido dentro de los canales circulares y como consecuencia inmediata será mayor la fuerza de presión; causa por la que no podemos admitir que los medicamentos antitérmicos provoquen el descenso de temperatura obrando directamente sobre la sangre y su actividad circulatoria.

La causa es otra: basta recordar la causa de la hipergénesis térmica patológica (1) para venir en conocimiento de la manera de producir su acción los antitérmicos.

En el momento de penetrar, los agentes terapéuticos que nos ocupan, en el organismo, van seguramente á obrar en los centros nerviosos, modificando su funcionalidad y especialmente en la masa cerebral y bulbo.

Esta modificación en la acción nerviosa, localizada en el cerebro y bulbo mencionado, se caracteriza por una falta de actividad de algunos centros, cuyo hecho creemos que no tiene nada de particular; pues así como la estrignina localiza su acción en la médula, estimulándola, lo mismo pueden los alcaloides defervecentes obrar sobre ciertos puntos de los mismos centros, anonadando la acción ó haciéndola disminuir grandemente.

De cualquier suerte que sea, los medicamentos que nos ocupan ponen en acción al pneumogástrico, que tiene la propiedad de disminuir y aún anular si se quiere las contracciones cardíacas, provocando lo que ha dado en llamarse

(1) Consúltese el artículo *Temperatura patológica de la Termometría Clínica* por Alvero.

acción vaso-dilatadora del órgano central de la circulación.

Dominado de esta suerte el corazón, lo restante del aparato circulatorio sigue la misma suerte; la relajación de los vasos se inicia, el corazón modera sus revoluciones bajo el poder paralizador del pneumogástrico, y el torrente circulatorio general sufre una especie de éxtasis, tanto más marcado cuanto mayor es la acción indirecta del agente iniciador del fenómeno.

Ahora bien; cuanto acabamos de decir parece no tener conexión con los fenómenos de termogénesis; pero no pueden ser más estrechas las relaciones existentes entre uno y otro hecho.

Hemos dicho, y si no lo repetimos ahora, que la cantidad de calor producido está en razón directa del oxígeno gastado; y como el torrente circulatorio es el que provoca el aumento ó disminución, según su intensidad, de dicho material, claro se está que todas las causas que contribuyan á paralizar la circulación traerán como consecuencia inmediata la disminución en la entrada de oxígeno, la verificación más lenta de las oxidaciones y el descenso de temperatura por una hipogénesis térmica.

JOSÉ M. ALVERO.

(Se continuará.)

LOS MEDICAMENTOS HERÓICOS.

En las enfermedades sucede igual que en el orden de las cosas; llega un momento en que parece imposible desviar de su fatal derrotero los acontecimientos; la enfermedad llega á un período en que se resiste á todo tratamiento, sigue su marcha, presenta sus períodos, llega al estado álgido, y el profesor tiene que cruzarse de brazos aguardando el funesto desenlace, que no en pocos casos tiene que presenciar.

Cuando llega á estos casos no le queda al veterinario, como al médico, más recurso que apelar á la medicación

decisiva, á los agentes que los terapeutas han llamado heroicos con justísimo motivo.

Por lo que á nuestra parte concierne jamás nos hemos cruzado de brazos, en la certeza de la muerte, sin antes haber *quemado el último cartucho*, si se nos permite la frase.

Claro se está que no podemos en este lugar detallar reglas generales, pues cada caso reclama tratamiento diferente; pero refiriéndonos á las enfermedades que terminan por atonía, las que determinan la muerte por un decaimiento orgánico general, hemos obtenido excelentes resultados con los enérgicos excitantes vitales; con los compuestos de estriocina.

Esta sustancia, bien sea el alcaloide, ora sus sales, ejercen en la economía tan poderosa influencia, que, por escasa que sea la vitalidad que reste á un individuo, la estrigina la acentúa más, la hace palpable, ocasiona una revolución en las funciones, presta energía al organismo, y el enfermo, cuya vida se veía extinguirse por momentos, recobra fuerzas, resiste á la acción destructora de los agentes morbígenos, se reanima, lucha, y, no en pocos casos se le observa vencer ese período de amortiguación general, sobreviniendo la crisis favorable que nos anuncia la mejoría, ó cuando menos el estacionamiento de la marcha galopante de la dolencia.

A todo el mundo se le alcanzará que esto no sucede en todos los casos; pero es lo cierto, que, entre cruzarse de brazos y esperar impávido la muerte del paciente, ó procurar, por estos medios extremos, detener la corriente de la enfermedad, preferible es esto último; al menos, si no conseguimos nada, nos queda la satisfacción de haber puesto en juego cuantos recursos la terapéutica moderna nos proporciona.

Al menos este es nuestro humilde parecer, que se halla en armonía con el de prácticos eminentes de nuestra época.

JOSÉ M. ALVERO.

CIENCIA RECREATIVA

POR

JOSÉ M. ALVERO.

DOS AVENTUREROS.—MATRIMONIO QUÍMICO.—LA GOTA DE AGUA.—CONFIDENCIAS MUTUAS.—VIAJE INESPERADO.

Dentro del radio de atracción de nuestro globo terráqueo, algunos centenares de metros sobre la superficie del terreno y envueltos por una atmósfera densa y cargada de nubes tempestuosas, podemos ver, si en ello fijamos nuestra atención, dos pequeñas porciones ó átomos de materia, que por llamarles de algún modo, les llamaremos *oxígeno* al uno é *hidrógeno* al otro.

En el continuo vaivén y agitado torbellino de las moléculas aeriformes, no es fácil describir ni determinar los caracteres y formas del movimiento que anima á los átomos que hemos señalado: bástenos decir que, siguiendo diferentes derroteros, chocándose con las partículas atmosféricas, empujados unas veces en un sentido y otras en otro, contrayendo su tenue masa á impulsos de la opresión vecina, ó extendiendo sus delicadas partecillas cuando las relaciones de contacto se lo permiten, seméjanse á intranquila ave de rapiña que busca su presa, á aventureros incansables que con tesón y ahinco buscan los medios de satisfacer sus naturales deseos y misteriosas inclinaciones.

En efecto, el oxígeno, que parece animado y destinado á la constante intranquilidad, se le ve como impelido por satánico esfuerzo, pudiendo, merced á esta cualidad, abrirse paso por entre las masas, ir y venir, buscar con la intranquilidad del individuo desesperado, y otopellar cuanto se opone á su paso ó puede perturbar sus desconocidas intenciones.

En uno de esos giros ó desituaciones ejecutadas por nuestro átomo de oxígeno, encuéntrase cara á cara con el

hidrógeno, y separados solamente por una pequeña capa de aire; en el primer momento, cuando por vez primera se divisaron nuestros protagonistas, un signo de desprecio pareció dibujarse en sus semblantes; el hidrógeno intentó la huída, pero no pudo realizarlo por la multitud de moléculas que le oprimían; el oxígeno, cosa singular, quedó parado cual si misteriosa influencia hubiese cortado todos sus medios de acción, todas sus energías intra-atómicas.

La presencia del hidrógeno, trocó en absoluto el orden de sus ideas.

Una fuerza de afinidad lo arrastraba hacia la molécula de hidrógeno; quería saludarla y no acababa de llegar; quería abrazarla, sentía vivos deseos de oprimirla entre sus invisibles brazos, pero algo extraño lo impedía.

Obstáculos exteriores.

Dos ó tres veces intentó el oxígeno llegar hasta su compañera y otras tantas quedó inmóvil, sin poder franquear la pequeña distancia que les separaba.

De pronto, una vibración rapidísima agitó aquellas masas moleculares; un ruido atronador, acompañado de destellos de luz, dejóse oír en el mismo instante; el orden de las cosas cambió; las masas se chocaron en el continuo vaivén de las vibraciones; una corriente, una desituación rapidísima, venció las resistencias é hizo que la molécula de oxígeno se precipitase sobre el átomo de hidrógeno que la recibió con los brazos abiertos..... Pero cosa extraña, bajo la influencia de aquella amistad, de aquel abrazo y de aquel exceso de movimiento perdido por el choque, nuestros protagonistas cambiaron de carácter, juráronse fidelidad eterna, se fundieron mutuamente y apareció, por medio de esta extraña unión, de esto que nos vamos á tomar la libertad de llamar *matrimonio químico*, un sólo individuo en apariencia macroscópica, pues en realidad, ambos cónyuges guardaban en sí y se respetaban sus condiciones, cualidades y caracteres individuales.

¿Qué había sucedido? lo diremos en dos palabras.

La fuerza de afinidad entre el oxígeno y el hidrógeno hizo que ambas moléculas se uniesen entrando en combi-

nación química: al principio rehusaban la combinación por la falta de condiciones; venidas éstas, unieronse con rapidez, pasando á formar una molécula de *agua*; el hidrógeno no podía entrar en conflicto por faltarle una atomicidad, pues teniendo dos el oxígeno se necesitaba la misma proporción para poder realizar la combinación: hubo necesidad de una enérgica influencia para que el hidrógeno, apropiándose ó hermanándose de una nueva cantidad de su misma sustancia, pudiese corresponder á los deseos de unión de su vecino el oxígeno.

Realizóse al fin el fenómeno y como resultado químico inmediato, sobrevino la formación de un cuerpo nuevo, de una gota, de una molécula de *agua* (O. H.²)

Una vez verificada tan extraña unión, nuestros consortes, animados por una temperatura agradable y mecidiéndose en los sublimes brazos de la inmensidad, parecían gozar su dicha, demostrando su mutuo contento por las íntimas afinidades de su alma química.

—No me abandones nunca—decía el hidrógeno.

—He jurado ser tuyo eternamente—contestaba el oxígeno—y grande ha de ser la causa que de tí me separe; sólo temo ¡ay! que un día ese insolente habitante de los mundos materiales, el *carbono*, nos sorprenda; pues tal es su potencia y el odio que me profesa, que siempre que me encuentra reñimos mortal batalla, concluyendo por vencerme y aprisionarme; pero no temas, si tal sucediera, yo me libraré de su opresión y te buscaré donde quiera que te halles.

—Desgracia sería y grande; y ¿cómo me las arreglaré yo para procurar que me halles caso de que una forzosa separación sobreviniese entre ambos?

—Muy sencillo; conozco yo un lugar del cual sé todos los rincones, en el que con toda seguridad te encontraré en muy pocos segundos.

—¿Y cómo se llama ese lugar? ¿Dónde está?

—Está allá abajo, en la superficie de la tierra, y se llama organización viviente: con tal que logres entrar en su intrincado laberinto allí iré yo á buscarte; pero no pen-

semos en ello, gocemos de nuestra mutua felicidad y desechemos tristes presentimientos.

En tanto que nuestros protagonistas sostenían su animada conversación, la temperatura había subido algunos grados, y sin que ellos supiesen darse cuenta del fenómeno, sus partecillas constitutivas se dilataban de un modo extraordinario, ocupaban mayor espacio y, empujados de abajo arriba, subían lenta y gradualmente, atravesando capas gaseosas y gozando del maravilloso panorama que divisaban desde sus etéreas regiones.

Ya se proponía el oxígeno establecer en aquellas deliciosas regiones sus reales, y ya el hidrógeno por su parte había concebido la esperanza de pasar su luna de miel en tan puras y deliciosas alturas, pero no lo permitió el destino.

Una ráfaga de aire hizo sufrir tal desituación á nuestras pequeñas moléculas, que fueron á poderse reponer de la sorpresa á larga distancia del sitio donde se encontraban; y no fué esto lo peor, sino que en el punto de parada había tal descenso de calor que la gota de agua vaporosa sufrió una contracción ó retraimiento tan intenso que sus partículas quedaron agrupadas en reducidísimo espacio y tomaron la forma cristalina.

No fué este cambio el que molestó á los cónyuges, antes al contrario, se aproximaron más, se aumentó el íntimo contacto y con él creció la pasión amante de los químicos personajes: lo que puso en grave aprieto á nuestros héroes fué un brusco movimiento de descenso que se inició en la pequeña masa, el cual amenazaba estrellarla contra la superficie del terreno.

—Únete á mí—decía el oxígeno siguiendo su vertiginosa carrera.

—¿Dónde me arrastras?—decía la partícula de hidrógeno acongojada—á mí que siempre me han gustado las alturas, á mí que nadie pudo sepultarme en el abismo, que siempre he estado por encima de todas las tribus materiales; ¿dónde me conduces? detengámonos.

—No puedo—replicaba el oxígeno con desesperación

—nos arrastra un poder superior; vamos á visitar sin quererlo á nuestros enemigos, vamos á encontrarnos con el carbono, con la electricidad, con.....

No pudo concluir: una capa de aire, sumamente fría, dejó helada la palabra en sus labios; las partículas constitutivas se habían oprimido tan fuertemente, que ambos seres sólo formaban un todo continuo y de extraordinaria dureza; la gota de agua se había convertido en una piedra, en un granizo.

Desde este momento cesaron las lamentaciones; el frío embotó todas las energías de nuestros viajeros; su existencia sólo se manifestaba por el papel de presencia, sus facultades se hallaban reducidas á la nulidad, á cero, es decir á hielo.

Pero si nuestro grupo viviente había desaparecido como tal por haber perdido sus condiciones de forma y estado, allí estaba como cuerpo, como masa, como entidad química y como masa física.

En este último concepto, como tal masa se hallaba sujeta á las condiciones generales de todo cuerpo, pesaba más que el aire desalojado, y la fuerza de gravedad le hacía descender con marcha uniformemente acelerada, la cual no cesaría hasta encontrar la superficie del terreno: nuestros héroes iban á estrellarse irremisiblemente, y con una fuerza centuplicada, contra la insensible superficie de alguna roca de granito. ¿Sucedió así? Si el lector es curioso que nos siga al artículo siguiente. JOSÉ M. ALVERO.

MISCELÁNEA.

Según aviso oficial, queda abierta la matrícula en las Escuelas de Veterinaria, desde el 1.º al 30 del mes de Septiembre.

En Veterinaria bien será el 15 cuando se comience á despachar y admitir solicitudes.

El fomento de la cría caballar en España ha presentado el programa de las carreras de caballos que se han de celebrar en Madrid en los días 20, 22, 27 y 28 del próximo mes de Octubre.

*
* *

La naftalina ha recibido una nueva aplicación terapéutica. En las toses pertinaces da muy buen resultado evaporar á fuego lento una porción de naftalina, la cual, saturando la atmósfera confinada, obra produciendo cierto adormecimiento en las acciones nerviosas y haciendo que cese la tos; asegura el autor de la noticia, que repitiendo la operación varias veces, no sólo se calma la tos, sino que se consigue hacerla desaparecer en absoluto.

Conviene evitar una brusca elevación de temperatura, pues en tal caso se desprenden vapores corrosivos sumamente irritantes.

En ensayarla, daremos á conocer á nuestros lectores los resultados; entretanto, aconsejamos no desperdicien la ocasión de poner en práctica tan interesante, útil y sencillo medio terapéutico.

*
* *

Sucedáneo.—Según afirma *Thomas Drapes*, la hipecuana sustituye al cornezuelo de centeno como agente uterino; administrada en cocimiento en la especie humana, provoca contracciones periódicas de las fibras de la matriz, sin traer consigo la tetanización que tan común es en el uso del cornezuelo.

*
* *

Moussénina.—Este alcaloide, obtenido de la moussina antielmítica, planta de la familia de las leguminosas, supera, terapéuticamente hablando, al *Kousso*; usado dicho alcaloide en pequenísimas dosis, se triunfa casi siempre de las helmintiasis más rebeldes. Se trata de librarlo al comercio dosificado.

*
* *

La sociedad belga de Gynecología y Obstetricia ha fundado un congreso permanente de las cuestiones de su especialidad; las sesiones se celebrarán cada cuatro años, siendo la primera en los días 14 á 19 del próximo Septiembre.

*
* *

MATADERO.

Reses degolladas en el Matadero de Madrid en el año 1891 á 92.

Vacas	72.903
Ternerías . . .	27.567
Carneros . . .	70.637
Corderos . . .	76.296
Cerdos. . . .	34.180

Reses 307.693 = kil. 20.452.814. *1400000 H*
91.13.21

*
* *

y por día a 750.000 m p
B. A.

La *Química Veterinaria* que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores desde el presente número, y que seguirá publicándose en lugar de la *Influenza*, que termina en el próximo número, ha de ser del agrado de los profesores y de los alumnos; de éstos, porque tendrán un libro en que recordar las explicaciones de sus catedráticos; y aquéllos, porque hallarán en la nueva publicación cuanto conviene saber de los agentes químicos, con aplicación exclusiva á nuestros particulares estudios.

La obra no lleva pretensiones de ningún género, lo cual quiere decir que admitiremos de buen grado las objeciones que sobre ella se nos hagan en buena ley.

JOSÉ M. ALVERO.